

ciones nueve cardenales, y entre ellos al célebre Eneas Piccolomini, que fue su sucesor (*).

24. A los diez dias del funeral entraron en cónclave, segun costumbre, los diez y ocho cardenales que habia en Roma. No duró mas que de siete á ocho dias, y fue uno de los mas fecundos en intrigas notables. El primer dia no hicieron los cardenales mas que estar en observacion y sondearse unos á otros. El segundo se convino en algunos artículos que debia observar el Papa futuro, especialmente el de no crear cardenales sin el consentimiento del sacro colegio; y el tercero se puso en el altar el cáliz de oro, adonde fue cada cardenal á dejar, segun práctica, la cédula ó billete del escrutinio, en presencia de los tres

(*) En el mismo dia en que murió Calisto III renunció el arzobispado de Valencia, á favor de su sobrino el cardenal Rodrigo de Borja, que fue despues Papa con el nombre de Alejandro VI. Deben citarse como obras de Calisto III las siguientes: *Synodus dioecesisana Valentina celebrata Valentiae anno 1432.* — *Varias epístolas latinas*, de las cuales se hallan nueve entre las de Pio II; siendo las principales, una á San Juan Capistrano y otra al Rey Cárlos VII de Francia.

Cuatro años antes de la muerte del Rey Alfonso V de Aragon y del Papa Calisto III, esto es, en 1454, murió el Rey D. Juan II de Castilla, al cabo de un largo reinado agitado siempre de facciones y tumultos. Fue este Príncipe aficionado á la historia, y honrador de los doctos. Erigió Chancillería en Madrid en el año 1442. Venció junto á Granada á los moros matándoles diez mil en la batalla de Igüera en 1431, debiéndose la victoria principalmente á su presencia y esfuerzo. Por su muerte subió al trono de Castilla Enrique IV, su hijo, á la edad de 29 años cumplidos, principiando un reinado todavía mas revuelto y proceloso que el de su padre, aunque mucho mas corto. Véase Mariana, Ortiz &c.

cardenales observadores (1). El cardenal de Sena, Eneas Piccolomini, y el cardenal de Bolonia fueron los que reunieron mayor número de votos. Ninguno de los otros tuvo mas de tres; y el de Roan, que se vió muy próximo á ser Papa, no tuvo ninguno. Despues de una division tan extraordinaria, se celebraron varias juntas particulares, en que los cardenales mas poderosos y de mayor persuasiva solicitaron los votos, ya para sí, y ya para sus amigos, valiéndose de súplicas, promesas y aun amenazas. El cardenal de Roan, que temia sobre todo al de Sena, dijo á cada uno de ellos privadamente: „¿en qué pensais cuando quereis hacer Papa á Eneas Piccolomini, á un pobre, á un gotoso, á un poeta que no tiene ningun conocimiento de los cánones ni de las letras sagradas, y querrá gobernar la Iglesia segun las leyes de la mitología, que son las únicas que sabe? ¿Quién nos asegurará de que movido de su inclinacion á Alemania, de donde acaba de llegar ese criado de un Príncipe aleman, no tome la resolucion servil de trasladar á ella la Silla apostólica? En cuanto al cardenal de Bolonia, ¿habiais de establecer (decia) por Cabeza de todo el mundo cristiano á ese hombre de tan pocos alcances, cuya estupidez compite con su terquedad: que no sabe gobernar su propia iglesia, y que no tiene ni aun el menor grado de instruccion para el gobierno de la Iglesia universal, ni de docilidad para tomar consejo?”

Con estas insinuaciones y con otros muchos arti-

(1) *Comment. Pii. II. l. 1.*

ficios logró atraer á su partido once cardenales, y entre ellos á los virtuosos griegos Isidoro y Besarion, á los cuales nombramos para que no se fie el lector ligeramente de la pintura recargada que hizo Piccolomini del cardenal de Roan. No le faltó mas que un voto para reunir el número conveniente, esto es, los dos tercios de la totalidad: de donde se infiere que habia en el cónclave diez y ocho cardenales, como hemos dicho, y no veintidos ni veintiuno, como lo han asegurado sin reflexion algunos historiadores nuestros. La víspera del escrutinio, en que debia hacer su efecto aquella trama, fue el cardenal de Bolonia á buscar á Silvio á media noche, y le dijo con mucha impaciencia: „¿Sabeis que va á ser Papa el cardenal de Roan? Su intriga está ya formada, y no se espera mas que la formalidad del escrutinio. Yo os aconsejo que os levanteis inmediatamente, y vayais á ofrecerle vuestro voto, para que deponga el resentimiento que pueda tener porque habeis competido con él. Por lo que á mí toca, no quiero que me suceda lo que en el último cónclave, pues nunca me miró Calisto con buenos ojos, porque no opiné á su favor; y os doy como amigo el consejo que me propongo seguir.”

Respondióle Silvio que hiciese lo que mas le agradase, pero que él jamás daría su voto á un hombre absolutamente indigno de una dignidad tan santa. „¡Dios me libre, añadió, de incurrir en una falta tan grande! Si los demás votaren por él, ellos darán cuenta de su conducta; yo no quiero gravar así

mi conciencia. Decís, y no lo niego, que es malo incurrir en la desgracia del Papa. ¿Pero cual será el daño que pueda hacerme? Me dejará en mi miseria. Y bien: el que está acostumbrado á ella, la sufre fácilmente. He sabido vivir pobre, y sabré morir del mismo modo. Por lo demás, no puedo persuadirme que quiera Dios abandonar su esposa querida á un sugeto tan indigno de representarla. Jamás permitirá que ese palacio sagrado en que habitaron tantos Pontífices que están gozando de su presencia, sea profanado por un ambicioso, por un avaro, por un hombre que solo apetece los honores y los bienes terrenos, y por un verdadero simoníaco. Dios es el que da el Pontificado, y no los hombres: él confundirá esas maquinaciones sacrílegas, y se verá mañana que los Papas no deben á otro ninguno su elevacion. Si teneis fe, si sois verdaderamente cristiano, no dareis vuestro voto á aquel que es reprobado por el cielo.”

Hicieron tanta impresion estas palabras en el cardenal de Bolonia, que prometió desde luego no votar por el de Roan. El dia siguiente fue Eneas Silvio muy de mañana á buscar al cardenal Carvajal, vice-canciller de la iglesia romana, y le preguntó si estaba tambien por el cardenal de Roan. „No he podido menos de tomar este partido (le respondió ingenuamente), porque es tan poderosa su faccion, que no hay duda en que saldrá electo. Oponiéndome yo á sus designios, no haria otra cosa que conciliarme su ódio, y perderia infaliblemente mi empleo de vice-canciller, en el cual continuaré (segun se me ha asegurado por

escrito) siempre que le dé mi voto. Me admiro, replicó Silvio, de que os fieis de un jóven que no tiene ningun miramiento, religion ni probidad. Está muy bien: cumplid vuestra palabra, que así lograreis dar la cancelaría al cardenal de Aviñon, á quien ha sido prometida igualmente que á vos, á no ser que os lisongeeis con la vana esperanza de que se ha de faltar á un compatriota mas bien que á vos que sois español. Si ninguna consideracion os merece el bien de la Iglesia, ved por lo menos lo que podeis esperar de un Papa de la nacion francesa, enemiga de la vuestra." Aunque no replicó el vice-canciller, dió á entender la impresion que hacian en él estas palabras.

Ya fuese que el cardenal de Pavía hubiese presenciado en efecto esta conversacion, ó tenido noticia de ella, le estrechó fuertemente Piccolomini; y recibió por primera respuesta, que se hallaba comprometido de tal modo, que no le era posible variar de resolucion. „Cierto (replicó Piccolomini) que seguís grandemente las huellas de los ilustres personajes de vuestra propia sangre. El cardenal Brando, vuestro tio, de digna memoria, se immortalizó restituyendo á Italia, por medio de la eleccion de Martino V, el Pontificado que Juan XXIII se proponia fijar en Alemania con motivo del concilio de Constanza; y vos, que sois italiano, os empeñais en hacer que vuelva á pasar de Italia á Francia. Acaso me direis que esto no puede egecutarse sin el consentimiento del sacro colegio, y que el Papa no le obtendrá jamás. Pero, hablando de buena fe, una vez que quiera retirarse de

Italia, ¿habrá ni un solo cardenal que se atreva á oponerse á su designio? Vos sereis el primero que le digais: *Padre santo, á vos os toca mandar, y á nosotros obedecer.* ¿Y cuál es la suerte de Italia, cuando el Papa está fuera de este pais? Si permanece en Roma, en esta capital del mundo, nosotros mismos seremos esclavos de los franceses. Ya habeis observado que en tiempo de Calisto lo mandaban todos los catalanes: ¿y querreis sujetaros al yugo francés despues de haber experimentado la tiranía española? Vereis como esa nacion inquieta nos oprime y humilla en el sacro colegio, alejando de él nuestros amigos y parientes, y agraciando á sus paisanos con cuantas vacantes ocurran; de modo que llegará á ser tan grande su autoridad é influjo, que muy en breve dispondrán del Pontificado. ¿Pero á qué francés pretendeis instituir Vicario de Jesucristo? ¿No habeis dicho cien veces que estaba perdida la Iglesia, si en algun tiempo tenia por Cabeza al arzobispo de Roan, y que mas bien querriais morir que consentir en su eleccion? ¿Pues por qué habeis mudado de pensamiento en un instante? ¿Será por que el que era un demonio se ha convertido en ángel en un momento? ¿ó por que siendo vos ángel de luz, os habeis convertido en ángel de tinieblas? ¿Dónde está el amor que teniais á vuestra patria? Yo creí que no la hubierais abandonado jamás, aun cuando vieseis que todos los demás se volvan contra ella. Mucho me habiais engañado, ó por mejor decir, os engañais á vos mismo, y os arruinais á vos y á vuestra patria, si no salís de ese error."

No pudiendo el cardenal de Pavía resistir á la fuerza de estas palabras, dijo, vertiendo lágrimas y gimiendo: „ciertamente me confundís; ¿pero qué quereis que haga? He empeñado mi palabra, y si falto á ella quedo deshonrado. Pues bien (replicó Piccolomini), sed fiel al cardenal de Roan, y haced traicion á vuestra patria.” Estas últimas palabras determinaron al cardenal de Pavía, el cual prometió inmediatamente abandonar la faccion francesa.

El de Santa María la Nueva, que no podia sufrir al arzobispo de Roan, supo lo que se tramaba á favor de este ambicioso, y juntó á todos los cardenales italianos, escepto Próspero Colonna, en el cuarto del cardenal de Génova. Despues de haberles pintado con vivos colores quanto habia que temer, si se elegia al cardenal de Roan, y de haberlos exhortado á olvidarse de sus intereses personales, para atender únicamente al bien de la Iglesia y de la Italia, les propuso á Piccolomini, que siendo italiano, y además de esto hombre honrado y de mucho mérito, le parecia el mas á propósito para gobernar bien la Iglesia. De siete cardenales que se hallaron presentes á esta especie de preconizacion, solo se opuso á ella Eneas Silvio, haciendo uso de toda su elocuencia para mostrar que era absolutamente indigno de un puesto tan elevado.

Poco despues se principió la misa que precedia al escrutinio, y luego que se concluyó, fueron sucesivamente los cardenales, segun el órden de su antigüedad, á poner en el cáliz las cédulas ó billetes que contenian el nombre de aquel á quien daban su voto.

Cuando le tocó el turno á Piccolomini, el arzobispo de Roan, que era uno de los cardenales observadores, tuvo la simpleza de decirle: *Acordaos de mi*; como si en aquel momento se hubiera podido mudar lo que estaba escrito. Pero tal era el cardenal de Roan, hombre de una ambicion tan desmesurada, que llegaba al extremo del descaro y de la demencia. Respondióle Piccolomini: „¿á mí os dirigís, que no soy aquí mas que un átomo?” Acabado el escrutinio pusieron boca abajo el cáliz los cardenales observadores, á vista de todos los demás, encima de una mesa que habia en medio de la asamblea. Abriéronse los billetes, se leyeron en alta voz, y se halló que Eneas Silvio Piccolomini, cardenal obispo de Sena, tenia nueve votos; que el cardenal de Roan no tenia mas de tres, y los otros muchos menos.

25. Como ninguno de ellos tenia el número suficiente, fue necesario recurrir á lo que se llama *accesit*. El cardenal de Roan concibió alguna esperanza; pero duró muy poco. Quedó fuera de sí, cuando levantándose con gran serenidad el vice-canciller, dijo que daba su voto al cardenal de Sena. Pasados algunos momentos se declaró tambien á su favor el cardenal de San Anastasio; y no faltándole ya mas que un voto, le dió inmediatamente el suyo Próspero Colonna, para tener el mérito de hacerle Papa. Viendo el cardenal de Roan que le arrebatában el Pontificado sin quedarle ningun recurso, se olvidó de toda moderacion, acusó á Colonna de que violaba sus promesas, y le dijo mil improprios. Lejos de desmayar

Colonna al ver aquella descompostura, tomó nuevo aliento, y dijo en voz mas alta que la primera vez, que daba su voto al cardenal de Sena: con lo cual le saludaron al momento todos los demás en calidad de Papa. Volvieron despues á ocupar sus asientos, y de comun acuerdo confirmaron la eleccion. De este modo fue electo Papa el célebre Eneas Silvio, siendo de edad de cincuenta años, á 27 de Agosto de 1458; y tomó el nombre de Pio II. Nos ha parecido que en ninguna otra parte podiamos presentar con mas oportunidad que en el artículo de este personage interesante, la relacion individual de las intrigas y facciones del cónclave, en que las pasiones humanas dispusieron muchas veces de la Silla apostólica: pero la mano invisible que sostiene la Cátedra de San Pedro, las confundió muchas mas, haciendo que sirviesen de instrumento para colocar en ella á aquel á quien habia preordinado en sus consejos eternos.

Elevado Pio II á la dignidad de Pontífice, despues de haber pasado por todos los grados inferiores, y siendo comparable á los que mas ilustraron esta dignidad sublime, por razon de su literatura, elocuencia, magnanimidad, prudencia y destreza en el manejo de los asuntos, se mostró tan indiferente en órden á su propia fortuna, y vivió siempre con tanta pobreza, que poco antes de su elevacion decia á su amigo el cardenal de Pavía, que hacia veinticinco años que estaba trabajando, sin tener todavía con que calzarse (1); que habia regado con su sudor casi todo

(1) *Card. Papiens. epist. 365.*

el mundo cristiano, y padecido todo género de trabajos é incomodidades por mar y por tierra, agitado por las tempestades, aterido de frio, abrasado con el ardor del sol, robado por los ladrones, cautivo, encarcelado, y puesto veinte veces á las puertas de la muerte.

Era hijo de padres nobles, pero pobres, y nació á pocas leguas de Sena, en la villa de Corsini, á la cual llamó Pienza, con alusion á su propio nombre, y la erigió en ciudad episcopal (1). Estando embarazada de él su madre Victoria Fortiguerra, soñó que daba á luz un niño mitrado: y como era costumbre poner una mitra de papel en la cabeza de los clérigos condenados á muerte, se figuró que habia de ser el oprobio de la familia, y no varió de modo de pensar hasta que le vió obispo. Fue educado con mucho esmero, é hizo progresos extraordinarios en las bellas letras. Habiendo concluido los estudios en Sena, acompañó en calidad de secretario á Domingo Capránica, que iba al concilio de Basilea, y estaba designado cardenal por Martino V, bien que fue excluido por Eugenio IV. Allí fue donde aquel jóven, que á lo mas tendria veintiseis años, lleno de fogosidad y de talento, seducido por los aplausos y por las preocupaciones generales, naturalmente enemigo de la mentira, é incapáz de persuadirse á que pudiesen mentir unos doctores de avanzada edad, y unos obispos encanecidos en las funciones sagradas, recibió todas las impresiones que quisieron darle contra el

(1) *Platin. in Pium. II.*

Papa Eugenio, y escribió contra la preeminencia de la Silla apostólica.

Su ingenio fue causa de que le buscasen varios prelados, á cuyo lado egirió las funciones de secretario. El cardenal Albergati le envió á Escocia. Luego que volvió, concluida su comision, le dió el concilio de Basilea los empleos de refrendario, abreviador, canceller y agente general, y fue enviado varias veces á Saboya, á los Cantones suizos, y á diferentes estados de Alemania. En medio de estos viages y negociaciones, no cesaba de publicar algunas obras, ya tratados doctrinales, ya cartas escritas con fundamento y nervio acerca de las materias mas controvertidas en aquellos tiempos: eran obras de partido, y, como era natural, tan contrarias al Papa Eugenio, como favorables al concilio de Basilea.

Lo eligió Felix V por secretario suyo, y en fin, el Emperador Federico le llamó cerca de su persona para el mismo destino. Le honró con la corona poética, y le empleó en diferentes embajadas en Milán, en Nápoles, en Bohemia, y aun en Roma con motivo de la estincion del cisma, á lo que contribuyó mucho su habilidad y talento. Nicolao V le confirió el obispado de Trieste, desde donde pasó algun tiempo despues al de Sena. El mismo Papa le confió las nunciaturas de Bohemia, Moravia, Silesia y Hungría, en las que manifestó su gran capacidad. No se distinguió menos en las dietas de Ratisbona y Francfort, convocadas para formar una liga contra los turcos, bien que las circunstancias malograron despues este proyecto. En

fin, el Papa Calisto le dió el capelo á que era acreedor por tantos títulos.

Fue uno de los mas constantes defensores de Basilea, donde permaneció hasta la consumacion del cisma, sin que le hiciese fuerza el ver como se retiraban diariamente los prelados, porque creía que esto era efecto del temor que tenian de perder sus bienes temporales. Como nada podian quitarle á él, por lo escasa que se le habia mostrado siempre la fortuna, fue mas dócil á la voz de la conciencia, preocupada con la idea de que seguia el mejor partido (1). Pero estando al lado del Emperador, entre los alemanes que se habian contenido en los límites de la neutralidad, y que naturalmente son mas sosegados que las demás naciones, adquirió el conocimiento y plena conviccion de las supercherías é infamias que ni aun habia sospechado hasta entonces. Se le demostró que eran falsas y calumniosas las acusaciones contra el Papa Eugenio; y que los cardenales refugiados en Basilea se habian dejado llevar de su ódio y resentimiento personal contra un santo Pontífice, á cuya clemencia recurrian todos por último, pidiendo perdón de su conducta cismática, y considerando esta gracia como la mayor felicidad que podia sucederles. Lo que mas principalmente acabó de decidirle, fue oír en Hungría al cardenal Julian, en cuya instruccion y virtud tenia una confianza ilimitada, bendecir mil veces al cielo por haberle sacado de la conjuracion de Basilea, y dádole á entender lo que enseñan

(1) *Æn. Sylv. l. 7.*